

UN SECRETO.

TRES días despues, un caballero completamente cubierto de polvo, llegaba á todo escape al palacio de los gobernadores, anunciándoles que Arróyave y Andrés Tapia habian sido hechos trizas por Benavides. El primero habia muerto; el segundo, gravemente herido, quedaba abandonado á su suerte en una cabaña del monte. Los demas eran, ó muertos tambien, ó moribundos, ó idos, nadie sabe á qué remotos confines: se hablaba de una terrible sorpresa nocturna, en que agresores y agredidos se confundieron de tal suerte, que Barrientos fué atacado por los de Arróyave, y él hizo en los de este una matanza tan tremenda, que no dejó á los otros mas trabajo que el de rematar los á vencidos.—*El enemigo se acerca.* La ciudad vuelve á alborotarse; mírase ya por el Suroeste crecer y avanzar un inmenso remolino de polvo que se levanta sobre las copas de los cedros, y sube y se pierde en las alturas como el alarido salvaje de las hordas guerreras.

Las casas vuelven á cerrarse. Todos ven con desconsuelo profundo que la ciudad, casi desguarnecida, no cuenta con mas defensores que los que componen la escasa guardia del palacio. Cincuenta arcabuceros de Rodrigo de Paz, ya formados para preparar la resistencia, saben ó se les hace saber con torcida intencion, cuál es el número y el vigor de los enemigos, y se niegan á combatir, y arrojan las armas, y corren á buscar el refugio de sus familias, contribuyendo á difundir la alarma y el pánico.

Rodrigo de Paz corre desalado en busca de Negromonte. Le halla conferenciando con Salazar y el Padre Roque, y le suplica en nombre de los ciudadanos todos, que corra y liberte á la ciudad, amenazada por la turba feroz que llegaba á sus puertas. Entonces un nuevo correo sale con pliegos para Benavides. Negromonte manda disponer su caballo, y sale tras el mensajero, acompañado por veinte hombres escogidos, mientras Paz, Salazar y Chirinos quedan para organizar algunos medios de defensa que puedan influir con su aparato en el arreglo de las negociaciones.

No necesitamos advertir que todo esto no pasaba de una simple apariencia. El pueblo lo hubiera adivinado al ver la calma insólita que mostraban los gobernadores.

El día entero se pasó viendo venir correos al palacio y salir de aquí á la casa de Rodrigo de Paz, y luego marchar á todo escape al teatro de la guerra.

Dejemos por un momento á los colonos esperar llenos de ansiedad el resultado de la conferencia, y sigamos á un hombre que marcha en direccion de las Atarazanas, deteniendo á todos los transeuntes para dirigirles no sé qué pregunta; el caso era que todos replicaban con un movimiento negati-

vo, y seguían su camino, sin dejar de volverse varias veces al preguntante para dirigirle una mirada de extrañeza.

El hombre aquel llegaba, en fin, á un caseron situado cerca de los arsenales, cuando una voz robusta que venia de la azotea, le detuvo con esta palabra:

—Eh! buen hombre!..... por aquí nadie pasa; buscad otro camino.

El otro levantó la vista y vió que el edificio estaba coronado de arcabuceros. Uno de estos asomaba entre dos almenas el grueso cañon de su arcabuz, por cuya negra boca parecian haber salido las palabras que se escucharon.

—Qué decís?—preguntó el otro fijando una mirada temerosa en el punto donde brillaban las armas.

—Buscad otro camino!—gritó el centinela.

—No hay otro, camarada.

—Pues volvéos por donde habeis venido.

—Bien..... me volveré, si os dignais antes avisar á una persona, que vine á buscarle.....

—Qué persona?

—Garduña.....

—Necesitais respuesta?

—Sí.

—Pues esperad á que me maten.

—Qué! para qué?.....

—Necesito llevar vuestro recado hasta el purgatorio.

—Cómo! por vida mia! le han muerto?.....

—Ea! compadre!..... retiráos ya, ó tendremos que consideraros como sospechoso.

—Pues qué pasa?.....

—Marcháos, ó hago fuego!

No hubo réplica. El desconocido se agazapó debajo de

una ala de su capa, y torció por la primera esquina que le deparaban aquellos sitios. Siguió á lo largo de la orilla de un canal que se prolongaba por la calle; pero á poco andar, la vereda comenzó á estrecharse hasta no ser mas que una faja de yerbas; más adelante las aguas lamian el muro de los edificios. Tuvo que volverse. Ya estaba próximo á llegar á uno de los ángulos de la encrucijada, cuando la voz de un nuevo centinela, que salió de un bosquecillo de cañaverales, gritóle con fuerza en los oidos:

—Eh! que no se pasa, ó sois muerto!

La angustia del desconocido no tuvo límites. Quiso retroceder, pero acordóse del invencible obstáculo que le oponian las profundas aguas del canal. Delante de sí tenia los ojos feroces y la afilada partesana del centinela. Entonces vió que el único recurso para no permanecer en aquella situacion, que duraria quién sabe cuánto tiempo, era llamar en una puerta, pedir por caridad un refugio y ver si hallaba una salida por los corrales de la casa. Al primer toquido se abrió la puerta, y una jóven ligeramente pálida y bastante hermosa interrogó al desconocido con la mirada.

—Señora,—dijo el hombre descubriéndose y dejando ver en su semblante la consternacion y el respeto;—dignáos franquearme el último rincon de vuestro hogar, mientras pasan estas cosas que no comprendo. Por todas partes me encuentro un atalaya que me impide el paso..... Mirad, ahí está uno, mas allá está otro..... por aquí no hay paso..... la noche llega, se me puede creer sospechoso, y yo no encuentro adónde ocultarme..... tened á bien.....

—Entrad, entrad,—repuso vivamente la jóven, como si tuviese precision de cerrar la puerta.

El hombre obedeció. Hallóse desde luego en un angosto pasadizo, en cuya extremidad se abría la entrada de una especie de huerto. Una tibia luz iluminaba el ramaje; percibíase un aroma de flores. Un pájaro desconocido gorreaba oculto en la verdura.

—Gracias, señora,—dijo el huésped con un suspiro.

Ahora que estos personajes quedan á cubierto de las miradas indiscretas, podemos darlos á conocer á nuestros benévolos lectores.

La jóven es Juana, la hija de Zapata. Ella, y despues su padre, habian vuelto á la casa de Mencía, aquella noche de las estocadas en la huerta. Poco despues, cuando comenzaron las pesquisas para descubrir el rastro de los criminales, Zapata fué aprehendido y llevado al arsenal, dejando á su familia presa de las mas horrendas inquietudes. Estrada habia caido; ya Zapata no seria perseguido por el asunto de Mendoza, mas quedaba Rodrigo de Paz, el poderoso protector de Isabel, que aun echaria mano del tormento para investigar el paradero de su ahijada. Juana vivia oculta; Mencía, que habia ocurrido á Salazar, invocando su gratitud con el recuerdo de antiguos é importantes servicios, volvió un dia trayendo no se sabe qué lisonjeras esperanzas; el preso recibió noticias consoladoras, y desde entonces, Juana, ya mas tranquila respecto de la suerte de su padre, no pensaba sino en Tetzahuitl y en la Dorantes. Ya su amor no era sino ese desconsuelo con que se recuerda un sueño de dicha.

El hombre que hablaba con Juana era el hidalgo á quien conocimos una noche arrebatado por los indios: era Jorge Villadiego y Valencia.

Frisaba en los cuarenta y cinco; era de corta estatura

y demasiado gordo. Su nariz voluminosa, encorvada sobre un bigote gris, casi tocaba dos dientes que, siempre descubiertos, daban á toda su fisonomía un no sé qué de fisgon y eternamente malicioso. Los ojos, reducidos á dos curvas donde se movian dos brillantes puntos de color azul, parecian siempre plegados para distinguir lo diminuto y lo ridículo. Si la frente, en vez de ser estrecha, carnosa y llena de hondos pliegues, se hubiese dilatado con la limpia curva de la de Quevedo, hubiera causado mortificacion, hubiera sido un verdadero suplicio dejarse ver por aquel satírico semblante.

Sin embargo, el bueno de Jorge Villadiego y Valencia nada tenia de escéptico ni de burlon. Era un buen cristiano de aquellos tiempos, era una alma circunspecta y sensible, traicionada por aquel rostro cuya expresion era invariable, tanto en la alegría como en los mas negros pesares. Habia cierta ambigüedad en aquellas arrugas que bien pudieran prestarse á la sonrisa, ó servir de realce á la afliccion, y de surco á las lágrimas.

El llanto de Jorge Villadiego debia ser conmovedor; nada mas amargo y doliente que un rostro donde rien los labios mientras los ojos lloran.

Por último, Jorge Villadiego se confortaba diariamente con dos kilogramos de pulque.

Juana, llena de confianza en la fisonomía y en las palabras de su compatriota, le condujo á su misma habitacion, señalándole un banco de pino para que descansase. Despues quiso informarse de lo que pasaba en la ciudad, y comenzó á interrogar, con tono afable, al buen hidalgo.

—Señora, replicó este, sentándose en la orilla del asiento, podeis jurar que no sé nada.

—¿Llegais de fuera.....?

—No señora, llego de adentro..... Dios nuestro Señor acaba de sacarme de un lugar de donde creía no salir nunca.

—¿Venís de las Atarazanas?

—¡Quíá! Señora.... si supiérais..... si yo os contara.... Juana, picada de la curiosidad, replicó:

—Veamos..... si es cosa que vuestra discrecion no tenga empeño en manteneros secreta.... .. gustaria del placer de oiros.

—Figuráos que salgo de..... de..... si quereis que os hable con ingenuidad..... de no se dónde.....

—Vaya! no os acordais por dónde entrásteis?

Villadiego, despues de meditar largo rato, respondió:

—Por vida mia! bien visto, entré por mi capote.....

—Sí?

—Claro..... habeis de saber, hermosa niña, que una noche, por castigo de mis grandes culpas, fuíme acompañado y sonsacado por mis camaradas, á la temeraria empresa de robarnos á un hombre. Se me ofrecieron cien maravéis..... y se me dijo que la persona que debiamos aprehender no era sino un soberbio pollo escapado á las garras de la justicia. Ambas cosas me decidieron por la empresa, puesto que aunque soy hidalgo, soy pobre; y aunque soy pecador, soy enemigo de los malos. Yo iba á prestar un servicio á la sociedad y al gobierno, y saz! sin decir agua va, ni sálvese quien pueda, se me viene encima un garrotazo como no le ha recibido jamas una cabeza humana. Yo no supe si el sombrero se me sumió á mí, ó si fuí yo el que me sumí en el sombrero. Fué grande mi dolor, y quedé solo como suspendido en las tinieblas.

A poco, la punta de un puñal se me acerca para preguntarme por mi nombre, oficio, señas especiales, lugar de

nacimiento, calidad y pujanza; yo respondo como caballero; se me quiere aprehender; yo meto mano á mi tizona; pero quíá! ni el diablo! viénese contra mí toda la indiada, y hé aquí que soy envuelto, y se me carga, y se me transporta al otro mundo.

Juana escuchaba á Villadiego con toda la formalidad del que no cree lo que le cuentan. Cierta aroma sospechoso que exhalaba el hidalgo, y ese desórden que casi remedaba el que se pide á las odas, contribuyeron á debilitar la atencion y la buena fe de la jóven.

—Cielo santo!..... Y cómo habeis salido?—exclamó.

—Igualmente, niña.

—Entrando?.....

—Sí..... volví á entrar en los pliegues de mi ferreruelo: cuando pensaba sofocarme, descubrí mi cabeza y me encontré en el campo.

—Y despues?

—Despues tomé el camino de esta villa; se me dice que Garduña no existe, y que mi señor Chirinos está bueno: voy andando, y se me grita *atrás!* por atrás y por todos lados; y aquí me teneis acogido en vuestro seno maternal, como el cansado pajarillo á quien el cazador.....

—Nombrábais á Chirinos?

—Sí, á fe; pues él tuvo la culpa.

—Él?.....

—Friolera! quién si no su señoría fué el que mandó á Garduña que me llevase á ser comido á palos.

—Y adónde os llevaron?

—Dios lo sabe; á mí me manotearon junto á la casa de Cortés, y eso es todo.....

—Y decís que son indios los que os acometieron?

—Eh!..... que sí, niña..... indios como el mismo diablo Visilopuste.

Juanita empezó á tomar un verdadero interes en el relato de Villadiego. Ella sabia por Zapata y otros algo de lo que pasó en aquella memorable noche. Acaso Villadiego, arrebatado por los indios, sabia ciertas preciosidades que era importante conocer. Villadiego era un ángel que el cielo le enviaba para consolarla.

—Pero vamos, caballero,—dijo con un tono lleno de afebilidad;—no me contais nada de ese lugar donde estuvisteis..... cómo es?..... adónde está?..... qué personas os hablaron?.....

—Ay! hermosa niña!..... desgraciadamente no me es dado satisfacer vuestra natural curiosidad. Adónde estuve? no lo sé. Cómo es aquello? no lo he visto. Quién me hablaba? un indio que se expresaba en español como el mismo Hernando del Pulgar.

—A ver.....—dijo Juanita aproximando un taburete al banco de Jorge Villadiego;—y qué os decia el indio?

—Bah! cosas de orate; me hablaba no sé yo qué de una Isabel, á quién conozco menos que á mi abuela.

—Yo no me robo á ninguna dama, le dije: si es fortuna ó desdicha, Cristo lo sabe; pero nunca he necesitado de la violencia para que una mujer..... Ea! mucho hablamos: y él dedujo por último..... que yo era un jumento..... Tal dictado me valió verme libre, y doy gracias al cielo por haberme formado á imágen y semejanza de ese animalillo. Qué se me da á mí pasar por tal entre esos indios todavía mas jumentos? Canario! yo aquí debajo de la albarda siento un espíritu que piensa, y ama, y rie, y llora, y se divierte, y cree en Dios y le adora.

—Bien dicho..... pero esa jóven..... Isabel..... Oh! no sabeis?..... me intereso por ella.....

—Es vuestra amiga?.....

—Es..... mi hermana.....

—Cáspita! pues sientó no saber nada respecto de esa jóven, porque desearia serviros con el alma.

—Pero nada, nada absolutamente?..... no habeis oido por ventura una sola palabra que pudiera alumbrarnos?

—Una palabra..... murmuró Villadiego escarmenando con la mano los mechones que le cubrian la frente.

Juanita no respiraba.

—Una palabra..... repitió el otro,—esperad..... creo..... eso es..... conoceis al Grillo?

—No.....

—No importa, es un antiguo camarada, un buen cristiano á quien debo verdaderamente la fortuna de volverme á hallar con los míos.....

—Y bien?.....

—Este hombre..... sí, me habló en cierta ocasion de vuestra hermana; pero dispensad, como entonces nada me interesaba vuestra hermana.....

—Sí..... sí..... continuad.

—No sé qué se habló de raptó, de estocadas, de muertes; pero lo principal es esto: la jóven creo que se ha salvado.

—Con quién?.....

—Con el indio.

La hija de Zapata se cubrió con tan marcada palidez, que Villadiego no pudo menos de preguntarle:

—Qué teneis niña?..... habré cometido una imprudencia?

—Y decidme,—replicó Juana desatendiendo esta pre-

gunta,—y ese hombre, Tetzahuitl, ha llevado á Isabel adonde á vos os llevaron los indios?

—Ah! yo siento decíroslo..... pero.....

—¡Pero qué!.....

—Recuerdo ahora cierto nombre que pronunciara el Grillo, y ahora conozco, ¡pesia tal! que ese caribe debia ser el instrumento de personas mas elevadas..... ¡Por vida mia, niña! Duéleme ver vuestra afliccion, y me contrista ser un miserable..... pero aquí me teneis..... creo saber adónde pára vuestra hermana, y.....

—Adónde? adónde?

—No pasa de una simple sospecha.....

—Sí!..... adónde? ¿Qué nombre es ese que pronunciara el Grillo?.....

—Bah! quién no le conoce?

—Mendoza?..... Chirinos?

—Quiá! Rodrigo de Paz, el alguacil mayor.....

—Basta, gritó Juanita, cuyas mejillas recobraron de un golpe todo el carmin de la alegría. Os doy mil gracias, caballero. No sabeis qué inmenso es el favor que acabais de prestarme.

—Eh! que os le regalo, niña,—replicó Villadiego recogiendo como en su corazon la hermosa mirada que le enviaba Juanita, rebotante de gratitud y consuelo.—Ahora, añadió dando un golpe sobre la empuñadura de su espada, teneis aquí un esclavo de vuestros mandatos. Dadme vuestras órdenes, señora, y..... Qué pasa?.....

Se oyó á lo lejos el estampido del cañon, y se estremeció el aposento.

Villadiego se hizo tres dobleces y arrojó una mirada codiciosa debajo de las camas.

—Dios mio! exclamó Juanita, juntando las manos; seguramente es Benavides.....

—Qué hacemos? repitió Villadiego, imitando el ademán de la jóven.... teneis armas?....

Un segundo trueno volvió á conmover la habitacion. Juana cayó de rodillas. Villadiego se apresuró á cerrar la puerta, poniendo sus desvencijadas hojas como un escudo contra la furia de la tempestad.

—Qué haceis? le gritó Juana.

—Cerremos, niña, dijo el otro; puede tocaros un trozo de metralla, y.....

Nueva interrupcion; los truenos continuaban. Sendos alabonazos parecen querer despedazar la puerta de la calle.

—Tocan! exclamó la jóven..... dignáos ver quién es, por vida vuestra; debe ser mi madre.

—Os juro por la mia, replicó el hidalgo, que no saldré de aquí si me descuartizan..... ¡Por Santiago de Compostela! salir y dejar abandonada en tal aprieto á una dama, no en mis dias.

—Os lo suplico.....

—No me vencerán vuestras lágrimas; aquí moriremos ambos, como caballeros.

—Maldito seais vos y todos vuestros caballeros, exclamó Juana dirigiéndose á la puerta; dejadme salir; yo no temo las balas.

—Eh! adónde vais?..... Todavía no es tiempo!.....

—Apartáos!.....

Juanita hizo á un lado á Villadiego, y salió á todo escape. Abrió el zaguan; era Mencía.

—Qué hay, madre?..... qué pasa? preguntó Juana: es Benavides?.....

—El mismo, hija mía, el mismo, replicó Mencía.....
Por qué estás trémula?

—Cómo quereis.....

—Voto va! alégrate, paloma mía, es Benavides; pero entra de paz con los gobernadores. No escuchas el saludo de la fortaleza? Ya concluyó todo..... ven, asómate!..... verás pasar un mar de picas, cascos y banderas, y oirás las trompetas y los atabales, y las aclamaciones.

Mencía arrastró á su hija hasta la encrucijada. Allí se apiñaban centenares de gentes viendo pasar á los ginetes de Benavides y Barrientos. Era atronador el eco de los gritos, de la música, de las salvas. Oíase por intervalos el crugido de las armas y el rumor inmenso de las pisadas de mil cascos resonantes. Ondeaban las banderas como estremecidas de placer, cobijando los acentos victoriosos que les enviaban los clarines; el polvo y el humo envolvían á los caballeros como en la bruma de un campo de batalla. Barrientos no venía en las columnas; Benavides, que descollaba por lo feo, se habia vestido con inaudita pompa. Iba delante del primer tercio, con la espada al hombro, haciendo relumbrar los diamantes, zafiros y topacios de la empuñadura. Su corcel, negro y majestuoso potro de Andalucía, levantaba la nariz henchida con aliento de fuego, enderezaba sus orejas, y torciendo una mirada feroz sobre los muslos que aprisionaban sus costados, sacudia las crines, hería el aire con sus herraduras de oro, y sostenido por la brida, se arrastraba sobre la seda y los bordados de la gualdrapa.

Como sucede en estos casos, el voto unánime de los curiosos decidió que valia mas el caballo que su caballero. Barrientos pasó cantoneándose, y tras él seguía un enjam-

bre de capitanes y tenientes formando una deslumbrante cabalgada. Seguía despues lo que Negromonte llamaba el canallaje de Benavides.

Por los balcones se desbordaban las cabezas; multitud de mujeres de mala fama que abundaban en la colonia, y algunas pobres jóvenes medio pazguatas se embobaban en la contemplacion de aquellos hombres relumbrosos, como Jacob cuando soñando veía descender ángeles del cielo.

La fiesta duró mas de dos horas. Cuando Juanita volvió á buscar á Jorge Villadiego halló la habitacion desierta.

En la noche, Mencía, á quien Juanita habia descubierto el paradero de Isabel, se dirigió al palacio y dió á Chirinos el secreto en cambio de la apetecida libertad de Zapata.